y Berra, á quien creo por eso, digno de ser llamado el más diligente y el más sagaz de los exploradores y al propio tiempo el más cauto, el más escrupuloso en sus análisis.

No es, por lo mismo, sólo censurable injusticia ó ligereza, sino negra ingratitud, escatimar á un sabio tan ilustre la gloria que por legítimo derecho le corresponde, y colocar su nombre debajo del de otros que por eminentes que hayan sido y por mucho que ilustraran nuestros anales, no hicieron tanto como él, ó porque les faltó tiempo ó porque vivieron envueltos en el torbellino de los negocios públicos y en puestos encumbrados á que nunca llegó el modesto Orozco y Berra que se encontraba más á sus anchas en el humilde hogar, rodeado de viejas crónicas, de empolvados manuscritos, de intrincados jeroglíficos y de ídolos de piedra y de cacharros de la alfarería pre-colombina, mejor que en las poltronas de un ministerio de Estado ó en la presencia de Presidentes y Emperadores. Merced á esa fidelidad dantesca de Orozco y Berra á la Beatriz de la historia, cuántos desvelos y cuántas penosas fatigas se han ahorrado los que gustan de los estudios del género por él cultivado! Lo mismo el que acomete empresa de largo aliento como la del Sr. García, que el rebuscador de noticias simplemente curiosas sobre nuestros monumentos públicos, todos deben reconocer en conciencia, que contaron, por las obras que Orozco y Berra nos legó, con la *materia prima* que necesitaban, ó por mejor decir, con la tela en que ellos habían de bordar sus pensamientos. Tenían ya andada la mitad y la más difícil parte del camino.

Pero acaso me objete el Sr. García que no están á discusión ni la personalidad ni las obras del Sr. Orozco y Berra, que me divago, que son declamatorias y no documentadas afirmaciones las mías y que no le demuestro con ellas que otro antes que él rindió tributo á la verdad y á la justicia al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los indígenas de América. Procuraré desvanecer esa objeción recorriendo las setecientas páginas del tomo IV y último de la *Historia antigua y de la Conquista de México* de Orozco y Berra, sin aludir á los tomos anteriores, porque no tratan de la Conquista, pero haciendo sí observar, de paso, que en esos tres volúmenes está trazado con los más brillantes colores el cuadro de la civilización azteca, sin omitir un solo toque, una sola pincelada de aquellas que reproducen la luz en todo su esplendor para iluminar feéricamente el cuadro de las pasadas grandezas de una raza vencida por las leyes fatales de forzada evolución más que por el brío de los conquistadores y la superioridad de sus armas.

En las primeras páginas del citado tomo IV, comienza Orozco á contradecir á los incondicionales panegiristas de Cortés y á conceder fe á los juicios del P. Las Casas. «Tal es, dice en la página 14 refiriéndose á las diferencias entre Velázquez y Cortés, la versión de Gomara, no sólo admitida sido abultada con gran exceso por el autor anónimo *De rebus gestis*. Oigamos ahora á un testigo presencial de los hechos, al VERIDICO Casas,» y después de copiar *in extenso* lo que éste afirma, agrega el imparcial comentador: «En nuestra opinión particular, satisface más á la razón, va en mejor acuerdo con los sucesos posteriores, la opinión de Casas que la de Gomara.»

Continúa narrando los sucesos, animado del mismo espíritu, y cuando (pág. 23) llega á ocuparse en el paso de los conquistadores por Yucatán, se expresa así: «Como se advierte, Yucatán fué la primera parte de nuestro territorio invadido por los españoles; los mayas, si conservaban el recuerdo de las profecías de Kukulcán sabían ya á qué atenerse respecto á los castellanos; así, cuando aparecieron en la península los hombres blancos y barbudos, *en lugar de recibirlos como á dioses los combatieron como á hombres, etc.*» ¿No quiere decir esto que el Sr. Orozco y Berra sabía dar á cada uno lo que es suyo, colocando á los mayas por cima de los supersticiosos mexica?

No es Orozco y Berra panegirista de Cortés como Solís y Prescott que tanto irritan al Sr. García.

Véase como lo retrata (pág. 82): «En lo moral le hemos visto pasar por varias transformaciones, como en todos los hombres acontece á medida que cambian de posición social ó de fortuna. Según se muestra en el período que vamos examinando, era de constitución nerviosa y sanguínea, lo cual explica su constante y viva inclinación por las mujeres y su carácter turbulento; *codicioso en demasía, lleno de ambición y poco escrupuloso en los medios para medrar, falaz, cruel en muchos casos.* Estos graves defectos estaban contrapesados con grandes cualidades. Voluntad firme é inflexible, valor á toda prueba, recordando en sus empresas á los antiguos paladines de la Mesa redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar: ninguno como él tenía dotes para ser capitán de aquel ejército compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas, *más de una multitud de gente muy animosa es verdad,* pero ignorante,

codiciosa, acostumbrada en las islas á la expoliación, indisciplinada y licenciosa.»

Y no se detuvo ahí, sino que desentrañando lo cierto, como verdadero historiador filósofo, explica las causas ú origen así de los vicios como de las virtudes de los conquistadores. «El soldado tuvo que afectar—habla Orozco y Berra, en la página 84—el porte del misionero; mezcla que resultó extravagante, siendo imposible hermanar la rapiña y la matanza con las santas doctrinas del Evangelio. Predicar un Dios santo con la palabra y dar el ejemplo de malas pasiones. Incendiar y destruir el teocalli; derrocar y quebrar los ídolos; pero guardar cuidadosamente el oro consagrado al culto odioso. Era horror, estaba prohibido por leyes divinas y humanas el acceso á la mujer infiel; desaparecía el crimen haciéndola bautizar sin convertirla, y el escrúpulo de conciencia se borraba ante la profanación del Sacramento.»

«Para honra de la humanidad y alivio de los indios (pág. 93), no todos pensaban de igual modo; sobre el trono había existido la excelente reina Doña Isabel, cuyo bondadoso influjo se prolongó aún después de su muerte; las doctrinas humanitarias tenían un acérrimo defensor en el docto y vehemente Fr. Bartolomé de las Casas, no faltando religiosos que siguieran animosos la defensa de los calumniados.»

Las ideas dominantes en aquella época en punto á religión y á la licitud de los actos cometidos para combatir y sujetar á los idólatras á dura esclavitud, son aducidos por Orozco y Berra, quien no calla los excesos que de allí brotaron, y que le hacen decir con la serena majestad del filósofo: «de esto que corresponde (pág. 94) á la parte brutal de los hombres, nacieron también muchos crímenes; pero de ellos es responsable la guerra: la guerra, ese derecho injusto que las naciones fuertes *de todas las edades* se han reservado para aplicarla según su antojo á naciones débiles. La guerra, aberración de la humanidad, que los mismos males derrama por causa santa y buena, que por aborrecible é inmotivada. Sobraba con esto para hacer cruel y expoliatoria la conquista; que todas las conquistas son crueles y expoliatorias. Deben aún ponerse á cuenta las malas pasiones individuales que tanto recrecen los padecimientos de los vencidos; de ellos son exclusivamente reos los hombres perversos de dañado corazón, que las ejecutan por instintos bárbaros, saliendo de los lindes marcados por la conciencia y el deber.» Y termina el capítulo IV con estas inspiradas líneas: «De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la

menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los aztecas profesaban, los empujaba á los pies del invasor. La creencia de Quetzalcoatl venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos á los sectarios de la antigua fe. Ningún remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados á sufrir la sentencia de Breno: ¡Ay del vencido!»

Escribo una disertación y debo ceñirme á lo substancial y pertinente nada más, porque de no proceder así, me extendería mucho y multiplicaría, hasta parecer cansado, citaciones que no caben sino en una obra extensa. No trato de oponer á un libro otro libro, y bastarán, por lo tanto, los pasajes arriba citados para dar idea del concepto de Orozco y Berra sobre el carácter de la conquista española en América.

Veamos ahora cómo por muy distintos senderos de los que nos marca el Sr. García, nos conduce Orozco y Berra al conocimiento de la manera con que fué llevada á cabo la empresa de Cortés.

Que Orozco y Berra no siguió las huellas de los historiadores que le habían precedido y con los cuales se le quiere hoy confundir sin el menor asomo de justificación, sino que estimó y respetó la opinión de los autores indígenas, quedará comprobado por el siguiente pasaje que tomo de las páginas 125 y 126 del volumen IV de su Historia:

«Los escritores de la conquista de México—dice —han olvidado por completo ó parado muy poco las mientes en las relaciones de los naturales, dando absoluta preferencia á los hechos y dichos de los blancos; contentáronse con ellos para tejer su narración, dejando relegadas al olvido, cual cosas despreciables, las tradiciones conservadas por los indios. Estos, en su propia y antigua escritura, mantuvieron los recuerdos de la destrucción del imperio; después de que aprendieron á escribir, con el abecedario fonético, redactaron en su habla copiosas relaciones no escasas de mérito algunas, supuesto que de las que tenía en su poder Torquemada, dice: «y tengo tanta envidia al lenguaje y estilo con que están escritas, que me holgaré saberlas traducir en castellano con la elegancia y gracia que en su lengua mexicana se dicen: y por ser historia pura y verdadera, la sigo en todo: y si á los que la leyeren parecieren novedades, digo que no lo son sino la pura verdad sucedida; pero que no se ha escrito hasta ahora, porque los pocos que han escrito los sucesos de las Indias no los supieron ni hubo

quien se los dijese.» «Recogieron la tradición mexica—prosigue Orozco y Berra—el P. Sahagún, de quien tomó el P. Torquemada, y, andando el tiempo, Ixtlilxochitl y Tezozomoc; quedaron, además, pinturas y relaciones disfrutadas por aquellos escritores, algunas de las cuales han podido llegar hasta nosotros. Las auténticas merecen tanta fe, son de tan indisputable autoridad, como los escritores europeos: si presentan diferencias y contradicciones, esas diferencias y contradicciones son del género de las observadas en las historias impresas de origen español.»

Depurando, pues, la verdad con escrupulosa conciencia, va narrando los hechos de los conquistadores, flagelándolos si cometen excesos y felonías, execrando lo que es digno de execración, admirando lo que admiración amerita, y, nótelo bien el Sr. García, citando de continuo al P. Las Casas, *de santa memoria,* como dice en la pág. 253, *y heroico y filantrópico defensor de los indios.* Cuando refiere la primera caída de Tenoxtitlán en poder de los españoles, no atribuye á éstos la gloria del vencimiento; enumera las causas del suceso, y termina así: «No puede caber la menor duda, atestiguándolo los mismos conquistadores; el sentimiento religioso, la creencia en las predicciones de Quetzalcoatl, la más estúpida de las supersticiones arrojó al imbécil monarca (Moctezuma) á los pies del invasor y pusieron al imperio, sin combatir, bajo el yugo castellano (pág. 275).»

Ninguno de los hechos punibles que el Sr. García se goza en rememorar con el fin preconcebido de que se perpetúe por los siglos de los siglos el odio á la conquista española, pasó inadvertido por Orozco y Berra, ni lo encubrió ni mucho menos lo defendió. De la matanza de Cholollan (Cholula hoy), dice, después de estudiar todos sus antecedentes, que fué *inhumanidad* y *no valentía* (pág. 253) y de la hecatombe del templo mayor de Tenochtitlán se expresa así en la página 417: «La bárbara matanza del templo mayor, debe cargarse á la cuenta personal de Pedro de Alvarado, *del capitán más rapaz y desapiadado que vino á la conquista.* Bajo cualquier aspecto que se mire aquella acción, *fué un horrible atentado.* Si se supone por móvil la codicia, *es un acto de escandaloso bandolerismo.* Admitiendo el deseo de aterrar á los indios, para prevenir una insurrección, *es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja.* Ante esta matanza queda pálida la de Cholollan. Fué un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; *inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario;* dió principio á esa larga serie de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.»

Antes, al referir la prisión de Moctezuma, dejó consignados estos conceptos en la página 316: «Motecutzoma había dejado de ser rey; salía de su palacio para no tornar. El orgulloso, el déspota, el semidiós, se había transformado en cautivo de los barbudos teules. De la encumbrada altura que ocupaba, había descendido á arrastrarse por el cieno, de cobarde apego á una vida que ya tenía perdida al entregarse á los blancos. Ningún rey, de los victoriosos de México, se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio, y en idénticas circunstancias preferiría salir despedazado á dejarse llevar por sus enemigos. Motecutzoma *es una figura innoble.* Repetidas veces, por medio de los embajadores, prometióle Cortés pagarle sus favores «con buenas obras,» y con creces le cumplió su palabra. Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus tratos con un europeo, *D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio;* pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta *superchería* la aceptaba como agudezas del ingenio. *La prisión de Motecutzoma, como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita.*»

Cuando Orozco y Berra da cuenta de la muerte del monarca destronado, termina diciendo: «Al ver su trágico y lastimero fin, el corazón se siente conmovido, sin que la compasión deje lugar á la ira que despierta su fatal conducta. Le flagela el azote de la historia: la tierra le sea leve.»

Las frases deprimentes, despectivas, que á Orozco y Berra arranca la conducta del que debió ser el más ardido paladín de su patria y de su raza, y en vez de esto, fué el que hizo fácil la destrucción de una y otra, lejos de significar que nuestro historiador ha honrado y enaltecido á los conquistadores con mengua y desdoro de los indios, revela bien á las claras que se sublevaba cuanto en él había de patriota, al recordar al apocado Motecutzoma, que fué indigno de ceñir la imperial diadema, toda vez que no supo conducir á su pueblo á la victoria.

Tanto es así, que en los capítulos destinados á los reinados de los emperadores héroes Cuitlahuac y Cuauhtemoc, elévase á las sublimes regiones de los inspirados, y, sin dejar de ser verídico y severo como Tácito, nos parece que resuenan en sus páginas las inmortales estrofas de Homero y que las trae á nuestro oído en alas de su poderoso aliento moderno cantor á quien cupo la gloriosa herencia del caracol sagrado con que Cuauhtemoc convocaba á los que debían morir por su patria y por sus dioses.

No son estas frases vana palabrería enderezada á hacer la apo-

logía de Orozco y Berra. Citemos algunos pasajes suyos para demostrarlo.

He aquí cómo condensa la obra de Cuitlahuac (págs. 493 y 494): «Con desprecio de armas poderosas que causaban inmenso estrago, combatió, y combatió en primera fila hasta arrojarlos (á los españoles) de Tenoxtitlán, desbaratándolos en los puentes; cautivó á los castellanos retraídos en el cuartel, y lanzó la multitud de los escuadrones á los campos de Otompan, en donde más por la fortuna que por las armas, fué vencido. Buscó sin fruto la alianza de sus enemigos, y procuró estrechar los vínculos entre los elementos del imperio, cosa imposible ya desde los pusilánimes desaciertos de Motecutzoma. Peleó sin descanso, poniendo en movimiento las guarniciones, oponiéndolas por todas partes al paso de los invasores; casi siempre era derrotado, y sin embargo volvía á la carga: estas derrotas eran necesarias, pues el invasor no estaba solo, teniendo á su lado la muchedumbre de los traidores á la patria. *La fama no ha sabido teger un cumplido elogio de este monarca azteca;* proviene el olvido de haber pertenecido á los vencidos y de haberse atraído el odio de los vencedores. Un lisonjero (Solís) se atrevió á estampar estas palabras: «Vivió pocos días, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicación dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre.» *No dictaron estas frases la justicia ni la buena fe; si los blancos le despreciaron como á bárbaro, su memoria durará mientras exista el recuerdo de la Noche Triste.*»

Llegamos ahora al reinado del *águila que desciende,* del nunca bien loado Cuauhtemoc, que subió al trono en los días de mayor angustia para su patria.

«Desmoronábase el imperio por la traición de sus hijos y la espada del conquistador (dice Orozco y Berra, pág. 496); subir entonces á rey, no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaba la destrucción y la muerte. El joven patricio, amador del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabía su destino al aceptar el mando. Fué el primero que se rebeló contra el embrutecido Moctezuma; el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto á pelear hasta el último trance. La peste diezmaba la ciudad, arrancándole sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabrían seguir el ejemplo de los muertos.»

El gran historiador nos transporta á aquellos luctuosos días, y en más de cien páginas de admirable colorido, nos hace ver, evo-

cando recuerdos dolorosos, cómo el joven emperador prepara con esfuerzos sobrehumanos la defensa de la capital; nos hace conocer los prodigios de energía, de actividad, de sublime heroísmo, desplegados por el guerrero azteca, que por sus proezas, por sus personales prendas y por su muerte lastimosa, no tienen rival en las páginas de la historia mexicana. Le vemos defender palmo á palmo la ciudad; concentrarse en Tlaltelolco cuando se pierde la parte meridional, y hacer frente allí, por largo tiempo, á los rigores del hambre, á la peste, al número de sus enemigos y á la superioridad de la táctica europea, rechazando cuantas proposiciones de paz se le hicieron.

«La defensa de la ciudad por los tenohca, dice Orozco y Berra, es un hecho asombroso digno de ponerse en parangón con la de Jerusalén, con la de Sagunto y de Numancia, con la de Zaragoza. Los guerreros, casi desnudos, con armas débiles, entregados á sus propias fuerzas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos del acero y del fuego, apoyados por un sinnúmero de aliados. Casi siempre derrotados, volvían á la pelea sin faltarles nunca el ánimo, aunque convencidos de que les esperaba una muerte segura que preferían á perder la libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del agua, los insectos del suelo, las yerbas, las hojas y las cortezas de los árboles, escarbaron la tierra para sacar las raíces. Los insepultos cadáveres colmaban los fosos, obstruían las calles, llenaban las casas; la corrupción envenenó el aire y la peste pavorosa sobrevino. Arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban sobre los escombros, refugiándose después á lo que en pie quedaba: vendidos por sus amigos, abandonados por su aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurrección, hicieron frente á todos, y además á los hombres blancos y barbudos, á los dioses á quien el antiguo profeta daba el dominio de la tierra. Combatieron, y combatieron sin tregua ni descanso, nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz; cayó la ciudad en poder del enemigo cuando no era más que ruinas: cuando los hombres estaban muy mermados y hambrientos, débiles, cansados y ni tenían armas, y quedábales solo el macuahuitl que con dificultad podían blandir; cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo, cuando estaban desamparados hasta de sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Admira la defensa, asombra aquella tribu indómita, INSPIRA RESPETO Y ENTUSIASMO LA NOBLE FIGURA DEL REY CUAUHTEMOC.» (pág. 642).

Así es como Orozco y Berra se hizo merecedor al desdén de D. Genaro García, que le incluye en el número de los historiadores que según él «han seguido haciendo de la Conquista quizá incons-«cientemente, un cuadro engañoso en que las figuras de los aven-«tureros españoles aunque un tanto rebajadas, aparecen colosales «todavía, tan altas *que es preciso alzar los ojos (para verlas)* mientras «que las de nuestros indígenas, cuando no se manifiestan aniqui-«ladas por la cólera del cielo, vénse tan pequeñas y mezquinas, «que casi pasan inadvertidas.»

¿Pequeñas y mezquinas las figuras de Cuitlahuac y Cuauhtemoc en el cuadro de Orozco y Berra? ¿Inadvertidas? Ah! no, y mil veces no; ya lo hemos demostrado.

La verdad en este caso, así lo pensamos y sentimos, es que no se han recogido por el Sr. García las opiniones del Sr. Orozco y Berra, porque de hacerlo quedaba destruída la afirmación de que ningún historiador había, antes que aquél, sabido rendir tributo á la verdad y á la justicia, ni reparar los ultrajes hechos á los indígenas de América. Reconocerlo, era lo mismo que confesar que la novísima historia no viene á llenar un vacío, y dar lugar á que se sospechara que á otros móviles obedece la pacientísima labor. Porque, entre nosotros los mexicanos, al menos, ninguno se atrevería á dudar que la modestia es una de las cualidades que más avaloran la personalidad del Sr. García, y de inmodestia se le acusaría si alguien dijera que escribió su obra porque se creía llamado á mejorar la de su ilustre predecesor.

Presa de una obsesión que corre parejas con que la que ciega á los que predican la llamada CRUZADA DE DESESPAÑOLIZACIÓN en las Repúblicas latino-americanas, para acelerar el advenimiento de una era de asombroso progreso debido á la raza anglo-sajona, de cuya supremacía, para ellos incuestionable, hay que esperar todo bien, el Sr. García, otras veces sereno, imparcial, aprovechado discípulo de los apóstoles de la filosofía positiva, presa hoy, decimos de esa obsesión no logró franquear el hondo abismo que por simple diversidad de criterio existe entre Orozco y Berra y él, llegando á tal punto, que, cosa bien ajena á sus rectos procederes, mutiló un pensamiento de su contrario, para empequeñecerlo. Porque, esa frase que echan en rostro á Orozco y Berra tanto el Sr. García como su entusiasta panegirista el Sr. González Obregón, de que para contemplar la figura de Cortés *necesitaba alzar los ojos,* aislada como la presentan parece en efecto inspirada por la admiración más aduladora; pero reconstruído el período en que fué co-

locada, copiado íntegramente ese período, nadie, á no ser un hispanófobo dejará de conocer la verdad. Oigamos á Orozco y Berra, (pág. 644).

«Vencidos y vencedores fueron grandes. La admiración, empero, no debe ofuscar la verdad. La Conquista de México no es obra exclusiva de las armas españolas; débese en su mayor parte á las naciones indígenas. Sin éstas, los castellanos hubieran sucumbido, cual sucumbieron en la Noche Triste, cuando eran más pujantes: más tiempo, mayores elementos habrían sido indispensables. D. Hernando supo aprovecharse de las pasiones dominantes, darles dirección, emplearlas para su provecho; se sometió á los indios con los indios: al retirarse los victoriosos aliados de la arrasada México, no se imaginaban que bajo los escombros dejaban sepultados su libertad, el nombre de su raza y la autonomía de su pueblo. *Figura colosal es la de D. Hernando que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos: hombre era, compuesto de bien y de mal. Poseía relevantes cualidades y muy graves defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo, queda siempre tan alta, que es preciso alzar los ojos para verle al rostro.*»

Este pasaje de Orozco y Berra trae á mi memoria otro, de Alfonso de Lamartine, que ojalá hubiera á su vez recordado el Sr. García al emprender la redacción de su obra, porque entonces no habría desbordado su inquina hasta cubrir con sus sedimentos á la diosa intangible de la Verdad y de la Justicia: á la Historia.

«El personaje cuya biografía nos proponemos referir, es inglés, —dice Lamartine al comenzar la de Nelson,—y alcanzó los triunfos más memorables de la época moderna, sobre las armas de la Francia y de sus aliados; pero no influirá esa circunstancia en nuestro ánimo para dejar de hacer estricta justicia en todo, á su heroísmo y á sus hechos tan grandes como famosos: que si el historiador tiene patriotismo, no así la historia, pues precisamente por serlo, debe ser equitativa en la retribución de mérito y gloria que los hombres célebres de todos los pueblos han logrado conquistar al través de los siglos. Y como no adopta causa, ni alcurnia, ni patria, sino heroísmo, ingenio y virtud; como se escribe para el mayor bien é ilustración de la humanidad entera, y estima por grandeza de la civilización cuanto es parte á elevar la especie humana donde quiera que sea, las rivalidades entre razas y pueblos desaparecen y se borran á su vista, desde la inconmensurable altura donde coloca su asiento y contempla los sucesos y los personajes.»